

MODOS DE CONTACTO Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN: LOS ORÍGENES DE LA EXPANSIÓN FENICIA

Jaime Alvar Ezquerro*

En un estudio monográfico sobre el problema de la «precolonización» fenicia parece oportuno plantear algunas reflexiones teóricas y metodológicas que ayuden a suscitarse cuestiones elementales sobre los modelos explicativos que utilizamos para hacernos inteligibles los materiales arqueológicos y hacer con ellos compatibles los datos proporcionados por las fuentes literarias.

El mero empleo del término «precolonización» supone una forma de percepción de la realidad histórica y presupone un criterio taxonómico útil. En efecto, supone aceptar que hubo un comportamiento colonial fenicio en Occidente y que antes de esa modalidad de contacto hubo otra que se enuncia con el término «precolonial». Si los estudiosos de la expansión ultramarina de los griegos de época arcaica tienen dificultades para identificar esa expansión como una auténtica colonización, mucho más reticentes habrían de ser para su uso todos aquellos que niegan en ámbito fenicio un desplazamiento importante de individuos no dedicados a actividades comerciales o derivadas de las servidumbres que éstas ocasionan. No obstante, está generalizado el término colonización para referirse a la expansión ultramarina de los fenicios incluso por aquellos que niegan motivaciones demográficas y agrícolas además de las puramente comerciales. Pues bien, si el término colonial debería de ser tomado con cautela para definir el tipo de actividad realizada por los fenicios de ultramar, la identificación como «precolonial» de una etapa de contactos anterior debería resultar extraña a todos los estudiosos. Desde luego, si el contacto «colonial» puede definir un tipo de comportamiento determinado —aunque resulte difícil de definir y lo usemos analógicamente—, el contacto «precolonial» no describe más que una fase anterior, pero no la cualidad de los contactos. En consecuencia, sería preferible emplear otra terminología para la periodización de

la presencia fenicia —y también griega— en el Mediterráneo central y occidental.

Aunque sea por aproximación a lo que se quiere identificar y definir, el término «colonización» ha resultado cómodo al hablar de la expansión ultramarina fenicia y, por extensión, el de «precolonización» se ha instalado férreamente en la literatura científica, de modo que va a resultar muy penoso articular un discurso convincente para su destierro y proponer una nomenclatura útil y apropiada para su sustitución. La empresa que acometo no es, pues, sencilla.

Como ya he abordado el problema desde postulados estrictamente teóricos, pretendo en este trabajo avanzar algo más en mi interpretación mediante el análisis del problema de la «precolonización» desde la perspectiva ofrecida por los medios de comunicación como instrumentos operativos para los modos de contacto en los orígenes de la expansión de los fenicios por el Mediterráneo (Alvar 1979: 67-86; *idem* 1980: 43 ss.; *idem* 1981; *idem* 1988a: 429-443; *idem* 1988b: 373-391; *idem* 1997: 19-33; *idem* 2000: 27-34; *idem* 2002: 1-20).

Creo que es útil recordar que el término precolonización tiene sus orígenes en los estudios de micenología, desde donde se traslada hasta los investigadores sobre el proceso colonial fenicio, a quienes resulta útil para paliar la disonancia cronológica entre la información literaria y la arqueológica (Moscati 1983; *idem* 1988: 11 ss.). El desarrollo de la interpretación de las relaciones entre griegos e indígenas ha proporcionado nuevos parámetros para el análisis de lo que se viene denominando precolonización. Los historiadores de la colonización griega han polarizado la situación, desde las posiciones más restrictivas de Graham (Graham 1990: 45-60, esp. 46 y 50)¹, hasta los planteamientos menos rígidos de Domínguez Monedero (Domínguez Monedero 1991: 149-177; *idem* 1994a: 19-48). Además, en el Congreso ya mencionado dedicado al estudio de los *Momenti precoloniali*, se aprecia una gama variadísima de posiciones en virtud del criterio de cada uno de los participantes, aunque son escasos los modelos explicativos propuestos y el alcance de las teorizaciones. El problema sustancial en mi opinión estriba en la idea inherente a los términos de la secuencia precolonial-colonial, de modo que todas las reflexiones quedan atrapadas en una organización temporal de las

* UC3M

¹ Curiosamente, Graham considera precolonial el contacto de los focos con Tarteso y, al mismo tiempo, exige que el contacto precolonial sea inmediatamente anterior al establecimiento de asentamientos permanentes, lo que le obliga a destacar la ironía del caso transmitido por Heródoto, coincidente con establecimientos permanentes, como Masalia (p. 45). La misma paradoja es abordada por R. Olmos (Olmos 1986: 584-600; *idem* 1989: 495-518). Olmos intenta resolver el problema de un Coleo de Samos actuando como «precolonizador aristocrático» en un período en el que ya se ha implantado el comercio empórico.

Aprovecho este punto para agradecer al Dr. Domínguez Monedero la lectura crítica de mi primer borrador que sin duda ha experimentado, tras ella, mejoras.

formas de contacto que desemboca en la paradoja destacada por Graham a propósito de Tarteso. Creo, pues, imprescindible cambiar nuestra posición ante el problema, olvidar la obligada secuencia temporal que exige el prefijo *pre-* y afrontar el fenómeno desde una nueva perspectiva.

Mi punto de partida ha sido la sugerencia de que aquello que se da en llamar precolonización no es una fase en el proceso del contacto, sino que constituye en sí misma una modalidad del contacto entre culturas. Enunciado el asunto de esta otra manera se aprecia de inmediato la estrechez del término «precolonización» que designa una situación muy compleja, cuya característica esencial no es ser anterior a la modalidad de contacto colonial, sino generar unas formas de interrelación con otros ámbitos culturales distintas a las que son propias del período colonial. De ahí se deriva la necesidad de abandonar el uso de términos con connotación cultural y cronológica, como son colonización y precolonización, y que se sustituyan por términos de clasificación formal. En realidad, el problema de la conceptualización y su terminología no se agotan en sí mismos, gracias a un hallazgo más o menos feliz o pertinente, sino que han de ser entendidos como meras herramientas que contribuyan a una interpretación más correcta de los procesos históricos y de las relaciones sociales que en ellos se generan.

Colonización y precolonización son ante todo modos de contacto, cuya diferencia estriba esencialmente no en el criterio de la secuencia temporal, sino en la frecuencia, intensidad y características del contacto entre culturas. Por ello desearía identificar la colonización como una de las formas posibles en una forma más general de relación intercultural que podríamos denominar Modo de Contacto Sistémico Hegemónico (MCSH)². Entre sus características estarían el control directo o indirecto de la explotación de los recursos locales, la gestión de la exportación de los excedentes, la regulación de las formas de intercambio por parte de la comunidad que se desplaza y la consiguiente relación hegemónica³ con el entorno local. La sistematización regularizada de las relaciones y el predominio del elemento exógeno son, pues, las claves que permite identificar el MCSH.

La precolonización, en cambio, al no compartir esas características, ha de ser encuadrada en otra modalidad del contacto entre culturas. Los intercambios pueden ser esporádicos, lo que no requiere ni regularidad, ni sistematización. Además, el objetivo es lograr un determinado

abastecimiento, que no exige el control de la producción o la de su redistribución, por lo que pueden existir enclaves comerciales permanentes sin función administrativa. En consecuencia no tiene por qué manifestarse una especial violencia en las relaciones al no existir intención hegemónica. Sin embargo, no hay que confundir esta situación con una utópica relación equilibrada entre las culturas que entran en contacto. De hecho, creo que al producirse el desplazamiento y la búsqueda de un intercambio, éste ha de ser necesariamente desigual. La hegemonía no es la modalidad de comportamiento requerido, y por eso he propuesto que lo denomináramos Modo de Contacto no Hegemónico (MCnH) (Alvar 1997: 21), aunque admito que no es el mejor enunciado, pues se define mediante la negación del contrario; sería preferible localizar el criterio interno más específico de la modalidad y, al tiempo, el más generalizado en esa modalidad. Si se admite que es el modo de contacto destinado al abastecimiento de la sociedad que se desplaza mediante relaciones esporádicas y sin regulación formal o administrativa con las poblaciones abastecedoras, podríamos denominarlo Modo de Contacto Esporádico, en el que cada contacto tendría entidad propia con principio y fin en sí mismo. No variarían las siglas si optáramos por identificar esta modalidad de intercambio no como un acontecimiento aislado en las relaciones, que no requiere una sistematización, sino como un episodio de un conjunto más amplio: se trataría de un Modo de Contacto Episódico. Sin embargo, estas dos modalidades no incluyen la posibilidad de contactos regulares con enclaves permanentes que no ejerzan una función hegemónica, por lo que es preferible mantener el rótulo de MCnH que englobaría dos modalidades en virtud de la presencia o no de establecimientos permanentes. Resulta así que un criterio determinante hasta el presente, como era el de la presencia permanente de foráneos, deja de ser válido al analizar las modalidades de contacto. Los enclaves arqueológicamente detectados no indican necesariamente una actividad colonial, de modo que la división tradicional entre colonización y precolonización deja de ser, desde esta perspectiva, operativa. De este modo podemos focalizar de un modo diferente los hallazgos más recientes, por ejemplo, de Huelva, cuya fase inicial correspondería a un MCnH, pues no tiene carácter colonial. Otros ejemplos similares serían Gravisca o Náucratis, frente a las auténticas fundaciones coloniales.

² Corrijo la propuesta anterior en la que utilizaba el término «sistemático» (Alvar 1997: 21). Prefiero emplear el adjetivo sistémico, pues esta modalidad de contacto afecta a la totalidad del sistema económico de todas las comunidades que interactúan. Este modo de contacto, obliga a la comunidad desplazada a organizar un sistema general de acción para garantizar la regularidad del abastecimiento de bienes y obliga a la comunidad receptora a arbitrar mecanismos operativos para el correcto desarrollo del intercambio, lo que en definitiva genera cambios en sus estructuras económicas y sociales o, dicho de otro modo, en sus relaciones sociales de la producción.

³ Entiendo el término «hegemonía» en sentido gramsciano como dominación y liderazgo (p. ej., Gramsci 1971: 57; Mouffe 1987: 219-234).

Al negar la función colonial de estos enclaves se solventa, además, la incomodidad que generaba a los estudiosos la presencia contemporánea de relaciones precoloniales y coloniales. Pero la solución a ese problema no procede de una pirueta argumental, sino precisamente del cambio radical en el planteamiento de las formas de contacto intercultural. De hecho, al considerarlas dos modalidades diferentes su presencia puede producirse en cualquier situación, pues lo que las caracteriza no es el momento, sino la modalidad del contacto. Y así, la aceptación de dos modos diferentes de contacto, con variantes o modalidades internas, permite una mayor flexibilidad de interpretación, pues una misma comunidad puede estar actuando contemporáneamente con ambos modos, en virtud, esencialmente, de dos parámetros que proporcionan la dimensión histórica a la inquietud taxonómica: quiénes son los que generan el contacto y quiénes son los receptores de ese contacto. Es precisamente ahí donde entra en liza el asunto de los medios materiales mediante los que se realiza el desplazamiento de una comunidad para entrar en contacto con otra.

Me interesa destacar que en ambos modos de contacto la relación establecida es desigual. Sólo desde una perspectiva idealizada se puede imaginar una relación igualitaria cuando los condicionantes económicos y sociales previos al contacto no son homogéneos. Evidentemente el producto de tales relaciones no puede ser igualitario. Así pues, es necesario, para un análisis equilibrado, conocer el grado de desigualdad inicial de ambas comunidades y evaluar no sólo en términos económicos, sino también sociales (por ejemplo, el prestigio) la incidencia que en una y otra tiene el contacto a través de una u otra modalidad. La disimetría es más acentuada en el MCSH no porque exista una tendencia «inexorable» al tránsito del MCnH al MCSH, sino porque en el seno de la sociedad que se desplaza se han transformado las condiciones internas que propician el refuerzo del intercambio desigual. Reitero, no es el factor cronológico el que hace más complejas y, por tanto, desiguales, las relaciones entre comunidades, sino los propios grados de desarrollo interno de cada una de las formaciones que entran en contacto. Y es precisamente por ello por lo que no es indiferente que el intercambio se realice en virtud de una u otra modalidad de contacto. Si fuéramos capaces de otorgar contenido estructural a ambas modalidades de contacto podríamos comprender mejor procesos y situaciones que ante una información documental precaria resultan difícilmente inteligibles.

Las formas de intercambio desarrolladas a partir del establecimiento de enclaves de tipo colonial son las que se pueden analizar, dentro de su complejidad, con mayor facilidad y por ello resultan relativamente bien conocidas. Sin embargo, las correspondientes a la llamada etapa

precolonial han resultado especialmente dificultosas para la observación de los estudiosos como consecuencia, en mi opinión, de la propia falta de definición del objetivo buscado. En efecto, se han empleado como procedimiento de identificación criterios emanados del contacto colonial, de manera que se han requerido resultados arqueológicos propios de esa modalidad para aceptar presencias precoloniales. Obviamente, desde una perspectiva metodológica, ese planteamiento es repudiable. Sin embargo, es preciso reconocer la dificultad inherente a la descripción del MCnH si tenemos en cuenta las variadísimas situaciones en las que se pueden encontrar los receptores de los contactos: desde formaciones sociales de gran simplicidad hasta comunidades con aparato estatal. Por ello, antes de manejar la variable de los destinatarios, convendría atender inicialmente a la actividad de los que se desplazan.

Es preciso tener presente que el MCnH puede satisfacer perfectamente la demanda de un bien requerido durante un dilatado período de tiempo. Dependerá de la magnitud de la necesidad que de ese producto exista en la sociedad demandante y la capacidad de respuesta que tenga la productora. La primera consideración que conviene retener en este sentido es que el desplazamiento se realiza inicialmente de forma irregular para obtener un bien de consumo apreciado, pero quizá no imprescindible. No es frecuente que la inauguración del intercambio sea consecuencia de la creación de una empresa a gran escala. Por el contrario, han de ser contactos irregulares, derivados de un conocimiento previo, los que propicien finalmente el cambio de la modalidad del intercambio, aunque –reitero– el contacto esporádico puede abastecer adecuadamente una demanda durante un dilatado período de tiempo, por lo que el cambio de modalidad no es un requisito ineludible.

Ahora bien, cuando el producto requerido se convierte en una auténtica necesidad para el mantenimiento del orden económico y social de la comunidad receptora, puede provocar un cambio en la modalidad del contacto, pasando de MCnH a MCSH. En este sentido me interesa destacar el uso que de la propuesta de sustitución del concepto «precolonial» por el MCnH ha hecho reiteradamente Domínguez Monedero, cuyo análisis de las prácticas emporitanas me parece del todo convincente (Domínguez Monedero 2002: 65-95; *idem* 2001: 27-45). La coexistencia de los modelos ha sido asimismo aceptada por Blázquez en el caso de la Península Ibérica (Blázquez 2005: 129-148). Pero no han de ser los criterios de autoridad los que ayuden a la defensa de la tesis. Será más bien la solidez de los argumentos y la utilidad de las propuestas lo que las haga efectivas.

No encuentro en el panorama académico alternativas válidas para abordar el problema que planteo desde

perspectivas diferentes. Me ha interesado el concepto de *interacción* sugerido por Ruiz-Gálvez pero por desgracia el planteamiento que desarrolla es tan difuso y poco trabajado que no parece más que una propuesta de circunstancia, pues la interacción, de hecho no define nada, simplemente constata el contacto entre culturas, pero no establece las categorías del contacto, su modalidad o repercusión en las sociedades afectadas, por más que a partir de los datos arqueológicos se pueda acceder al préstamo de la escritura, de los sistemas de pesos y medidas o —si fuere el caso— los síntomas del cambio en las formas de organización política (Ruiz-Gálvez 2000a: 9-25).

Ciertamente, la interacción es una realidad que requiere sus propias explicaciones para ser inteligible. Y este es el momento en el que podemos volver nuestra mirada a los agentes de la interacción y analizar de qué manera influyen en la modalidad del contacto (Alvar 1998: 49-59).

Con frecuencia se ha postulado que el mecanismo más paradigmático del contacto precolonial, es decir, del MCnH, es el llamado «comercio silencioso».⁴ Está descrito por Heródoto (IV, 196, 1-3) y también alude a él un pasaje del Pseudo Escílax (K. Müller 1965: 94; Peretti 1979; Domínguez Monedero 1994b: 61-80), así como otros autores posteriores, en concreto, Plinio a propósito de los seres (NH., VI, 17, 54; 22, 88-89)⁵ o Filóstrato a propósito de los etíopes (*Vit. Apoll.*, VI, 2)⁶. El texto de Heródoto dice:

«Los cartagineses cuentan también la siguiente historia: en Libia, allende las Columnas de Heracles, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando arriban a ese paraje, descargan sus mercancías, las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen señales de humo. Entonces los indígenas, al ver el humo, acuden a la orilla del mar y, sin pérdida de tiempo, dejan oro como pago de

las mercancías y se alejan bastante de las mismas. Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancías, lo cogen y se van; en cambio, si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen añadiendo más oro, hasta que los dejan satisfechos. Y ni los unos ni los otros faltan a la justicia; pues ni los cartagineses tocan el oro hasta que, a su juicio, haya igualado el valor de las mercancías, ni los indígenas tocan las mercancías antes de que los mercaderes hayan cogido el oro».

(trad. C. Schrader, BCG, Madrid, 1979, 467-468).

Me interesa en estas circunstancias traer a colación tan manido texto porque reiteradamente nos hemos empeñado en proponerlo como expresión del comercio precolonial fenicio, a pesar de que Heródoto habla bien explícitamente de cartagineses, cuando el comercio «colonial» está suficientemente bien atestiguado en todo el Mediterráneo y también en la fachada atlántica. Pero es que además, nada sugiere que esa práctica, así descrita, haya de derivar en un posterior comercio «colonial». Este caso pone nuevamente de manifiesto la coexistencia de ambas modalidades de contacto y cómo la aplicación de una u otra no es producto de una secuencia necesaria, sino de las condiciones de la relación.

Ese asunto entra de lleno en la cuestión de los efectos económicos del modo de contacto. Mucho se ha debatido en torno a la idea de que en el «comercio silencioso» hay un intercambio de bienes análogo al que se describe en la «economía del don-contradón» (Mauss 1985: 145 ss.), contenida en ámbito griego, al menos parcialmente, en la modalidad denominada *prexis* aristocrática (Mele 1979: 58 ss., esp.78). Sin embargo, los historiadores de la economía de corte modernista han defendido que en el «comercio silencioso» está ya plenamente establecida la ley de la oferta y la demanda, fundamental

⁴ El pionero en el estudio de esta modalidad de intercambio fue A. Sartorius von Walterhausen (Sartorius von Walterhausen 1896: 33 ss.). La limitación de sus conclusiones fue resuelta temporalmente por el estudio de mayor envergadura de P.J.H. Grierson (Grierson 1903); después, en la línea evolucionista, habría de retomar el asunto R. Henning (Henning 1917: 265 ss.). Desde posiciones menos proclives al enunciado de la dinámica general de la economía y más análicas con la realidad histórica analizada: N.F. Parise, (Parise 1976: 75-80); A. Giardina, (Giardina 1986: 277-302). Desde una óptica más general se puede obtener una idea de las formas de intercambio en el Próximo Oriente en A. Archi (ed.), (Archi 1984).

⁵ Seres es la denominación muy probablemente de los chinos en las fuentes clásicas. Su práctica del «comercio silencioso» la resume así Solino (50, 4): «Sus propios traficantes cruzan el río principal, en cuyas orillas depositan sus cosas fijando el precio de las mercancías expuestas sin que medie ninguna comunicación oral entre las partes, pero se valen de los ojos; de las nuestras no compran» (trad. F. J. Fernández Nieto, BCG, Madrid, 2001). También aluden al asunto Mela (III, 60); Amiano Marcelino, XXIII, 6, 68 (cuyo contenido es prácticamente idéntico al de su presumible contemporáneo Solino), entre otros.

⁶ Por no alargar más el texto, reproduzco en nota la descripción —que guarda sorprendentes analogías con la de Heródoto— de la *Vida de Apolonio* en la espléndida traducción de A. Bernabé (BCG, Madrid, 1979):

«Al llegar, pues, a las fronteras entre etíopes y egipcios —llaman a estos lugares Sicámimo— encontró oro sin acuñar, lino, marfil, raíces, mirra y especias. Todo aquello estaba por el suelo, sin vigilancia, en un cruce de caminos. Voy a explicar qué sentido tiene eso, pues se trata de una costumbre que llega hasta nuestros días. Los etíopes llevan mercancía de cuanto produce Etiopía, y los otros, tras llevársela toda, traen al mismo sitio mercancía egipcia del mismo valor, adquiriendo lo que no tienen a cambio de lo que tienen. Los que habitan en la frontera de ambos países no son del todo negros, sino semejantes en color a ambas razas: pues son menos negros que los etíopes, pero más que los egipcios».

para la existencia de una economía basada en el mercado (Giacchero 1969: 93 ss.). En mi criterio, el intercambio logrado es desigual por la propia naturaleza de las partes intervinientes. Asumo que ambas partes pueden evaluar sus «costos de transacción», aunque con distintos calibradores⁷.

Los responsables fenicios del contacto comercial han realizado una inversión económica que pueden establecer con notable precisión, pues pasa desde la construcción del navío y su dotación hasta la compra de la carga y la estimación de los beneficios deseables. En definitiva, el fenicio sabe cuál es el costo de su operación y, por tanto, cuánto debe obtener a cambio de sus mercaderías. Por su parte, el responsable indígena ignora esos valores. La extracción de minerales y la obtención del metal no está sometida a una relación laboral cuantificable en términos crematísticos y, en consecuencia, no es fácil transformarlos en términos de valor. En realidad no le resulta posible estimar cuánta cantidad de su bien (plata, oro, estaño o cobre) ha de entregar a cambio de las manufacturas que los fenicios le ofrecen. Es la idea que se deriva del texto de Heródoto sobre el comercio silencioso.

Para llegar al acuerdo en la transacción el fenicio insiste en la obtención de una mayor cantidad de metales, pues necesita alcanzar y superar el límite establecido por la inversión realizada en la acción comercial. Entretanto, el indígena se ve obligado a proponer un primer acuerdo sin saber si es excesivo o no para lograr los bienes que desea. Si por casualidad en esa primera aportación de metales supera con creces la inversión previa del fenicio, las mercancías alcanzan un sobrevalor que afectará en las ciudades de origen tras el retorno. Si la cantidad inicial estimada por el indígena como contrapartida resulta escasa, el procedimiento para llegar al acuerdo resulta tan primario como lo describe Heródoto, pero lo interesante es reflexionar sobre los elementos que intervienen en el acuerdo. Presuntamente el fenicio esperará el incremento más allá del beneficio inicialmente calculado para que la operación le resulte más rentable. Ahora bien, sin duda, preferirá concluir un mal acuerdo, incluso por debajo del límite del costo, antes que regresar con el cargamento intacto. Por tanto, aunque tiene el conocimiento inicial del costo de su inversión, lo cierto es que está constreñido al acuerdo para que la pérdida sea lo más baja posible. Y más allá de los cálculos están las decisiones. Si no hay coincidencia entre el propietario

inversor y el capitán mercader, éste podría engañar a aquél sobre la cuantía del beneficio obtenido. No queda más alternativa que aceptar que en el desplazamiento físico tiene que haber alguien perteneciente al círculo íntimo de confianza del inversor. Extremo que incide en mi afirmación reiterada de que la actividad comercial corresponde a una iniciativa aristocrática desde sus propios orígenes (Alvar 2001a: 11-33; *idem* 2002: 1-20).

El aristócrata indígena, a pesar de la aparente facilidad que tiene para obtener el bien deseado por el comerciante foráneo, tiene también sus propias limitaciones e interferencias en la consecución del acuerdo. Presuntamente, la ignorancia del valor de las manufacturas lo sitúa en una posición de inferioridad. Sin embargo, como tampoco puede evaluar en términos crematísticos el costo de producción de las materias primas que ha de entregar —y que las consigue mediante la intensificación del trabajo de sus dependientes, sin que ello repercuta directamente en su situación económica— la desventaja inicial se anula bajo esta condición. Ahora bien, hay un último extremo que interviene tan acuciantemente en la conclusión de un acuerdo positivo como en el caso del extranjero. Si aquél estaba obligado al acuerdo porque no lograrlo supondría una pérdida mayor que la venta por debajo del costo, en este caso es una razón de prestigio social la que exige el acuerdo. No puede quedar intacta la consideración del jefe incapaz de obtener las mercaderías ofrecidas por unos extranjeros. Puesto que la posición social, la marca de la jerarquía, se deposita en la exhibición de propiedades y ornamentos inalcanzables para el resto, el jefe ha de hacer lo imposible para lograr el acuerdo. Por consiguiente, todo resulta proclive a que independientemente de las circunstancias de cada caso siempre se produzca acuerdo. Lo anómalo sería lo contrario y por ello el intercambio lejano se regulariza tan pronto.

Podría dar la impresión de que se logra un equilibrio entre ambas partes, pero me atrevo a insistir en que se trata de un intercambio desigual a pesar de las apariencias. El desequilibrio surge desde el momento en el que el indígena se ve obligado a tasar la oferta extranjera sin conocimiento de su valor. La regulación del valor, desde ese momento, será imposible a la baja. De modo que a partir de ese momento el extranjero demandará cada vez más materias primas como contrapartida sin que el indígena pueda reequilibrar las condiciones del trueque. Y sin llegar a producirse una situación de dominación y

⁷ El *transactions cost analysis* fue aplicado, contra las propuestas de K. Polanyi, por D. C. North (North 1977: 703-716). Con ese trabajo dio lugar a una larga polémica que persistió hasta la década de los 80 y que después se ha mantenido de modo más difuso en la bibliografía especializada en economía antigua. La réplica inicial desde las posiciones modernistas fue capitaneada por M. Silver (Silver 1983: 795-829). A su vez, este autor fue criticado por A. Mayhew, W.C. Neale y D.W. Tandy (Mayhew *et al.* 1985: 127-134). La defensa inicial de Silver se encuentra en su artículo: «Karl Polanyi and Markets in the Ancient Near East: Reply» (Silver 1985a: 135-137), así como en el libro ulterior, *Economic Structures of the Ancient Near East* (Silver 1985b).

hegemonía, sí hay una cierta disparidad en los beneficios, pues sus resultados son asimismo de naturaleza diferente. Mientras que el fenicio obtiene beneficios económicos contables, el indígena obtiene beneficios de prestigio social y consolidación de su hegemonía ante la comunidad que lidera.

La constatación del éxito se realiza cuando año tras año las naves fenicias se lanzan en busca de los mismos lugares en los que con anterioridad habían logrado acuerdos positivos. La reiteración del contacto no implica una regularización y mucho menos el establecimiento de enclaves comerciales en el lugar de los intercambios. Ciertamente, cabe la posibilidad de que este modelo de contacto esporádico, no hegemónico y episódico (MCnH) persista satisfactoriamente en el tiempo sin llegar a generar un proceso colonial.

Pero lo que me parece asimismo evidente es que una vez que en los viajes de regreso se recogen los beneficios en las metrópolis, los aristócratas que habían sufragado el viaje y provisto las mercancías, no van a permitir que la renta de la inversión sea aprovechada por otros (Alvar 2001b: 71-85). Es en este sentido en el que considero sumamente difícil aceptar que la iniciativa de la expansión comercial fenicia haya correspondido a particulares ávidos de aventura, pequeños empresarios intrépidos y arriesgados que abrieran de este modo las puertas del libre mercado a la historia. Sin lugar a dudas, los propietarios de los medios de comunicación son los únicos capaces de emprender la aventura comercial que queda, de este modo, reducida a un hecho singularmente aristocrático (Alvar 2001a: 20).

Pero esto guarda relación también con el problema anteriormente planteado acerca de la existencia o no de un intercambio igualitario en el comercio silencioso o de forma más genérica en el MCnH. Estoy convencido de que quien domina los medios de comunicación, que posibilitan el intercambio, impone una relación desigual con la comunidad a la que se desplaza, precisamente por la superioridad que le otorga la capacidad de desplazarse, ajena a las posibilidades de la comunidad receptora. Insisto, pues, el aparente equilibrio logrado en las transacciones por medio del «comercio silencioso» no es más que una ilusoria fantasía (Plácido *et al.* 1991: 155-156).

Así, frente a una opinión generalizada en los últimos años, me opongo a creer que el origen de la expansión ultramarina de los fenicios pudiera haber estado ocasionado por una iniciativa particular de individuos no necesariamente vinculados a la clase dominante. Aprovecho

esta negativa para enfocar el problema hasta aquí planteado desde la óptica de los medios de comunicación, tal y como se formula en el título de este trabajo.

Entiendo por medios de comunicación los instrumentos mediante los cuales se materializan los contactos interculturales, la comunicación entre las comunidades que entran en contacto, es decir, los barcos. El desarrollo de la carpintería naval requiere artesanos a tiempo completo (Rival 1986), cuya actividad, como la de la mayoría de los artesanos en los regímenes palaciales a lo largo de la Edad del Bronce, estaría bajo la órbita económica del Estado que procura los materiales y mantiene a los trabajadores. No parece aceptable que existan particulares capacitados —en torno al cambio del segundo al primer milenio— para hacerse cargo de los costos derivados del complejo proceso de construcción de una nave. Y así, en la medida en la que los barcos intervienen en la adquisición de bienes por parte del grupo dominante, cuyo estilo de vida caracterizan, será en la que tal mismo grupo atiende ese sector artesanal dinamizándolo o manteniéndolo. En este sentido, el comercio ultramarino estaría en manos de los grupos dirigentes del Estado, únicos capacitados para afrontar el gasto requerido en la construcción y aparejo de una nave. Sólo ellos tendrían la posibilidad de obtener, de forma directa o indirecta, los beneficios generados mediante los intercambios. No es probable que hubiera otros miembros de la comunidad capacitados para acceder a esas riquezas. Quizá en alguna ocasión pudo alterarse la norma, por ejemplo, como consecuencia de motines o bien cuando un capitán se apropia de los bienes del armador o del arrendatario del barco, casos que conocemos históricamente gracias a los discursos de Demóstenes⁸. Es cierto que tales situaciones se atestiguan en el siglo IV, pero pudieron haberse dado en siglos precedentes de una forma análoga (Gernet 1964 [1955]; Paoli 1974 [1930]; Cohen 1973 y 1979). Para la chusma, el mar es un medio de subsistencia, no Jauja donde cualquiera da un golpe de timón y sitúa a Fortuna como guía en su vida. Las palabras de Escalante de Mendoza, escritas en 1575, son suficientemente ilustrativas:

*«no codiciéis las riquezas que da una nao...
no nozco a nadie que se haya enriquecido con el sueldo de
marino...».*

La relación de dependencia entre tripulación y armador es, en consecuencia inherente a la estructura económica

⁸ Por ejemplo, en *Contra Zenothemis*, 5 ss. y 10 ss., se indica cómo Hegestrato y Zenotemis adquirieron mercancías y, en lugar de trasladarlas en su nave, las transportaron en secreto a Marsella con objeto de defraudar a sus prestamistas. El fraude consistía en hacer naufragar la nave en la que supuestamente iba el producto, de forma que, como el naufragio era circunstancia liberatoria de la obligación de los prestatarios, Hegestrato y Zenotesmis no tendrían que devolver el préstamo. Cf. Castresana 1982: 27. Agradezco a Mirella Romero la información proporcionada sobre todo este asunto.

de las ciudades fenicias, dada la coincidencia entre la clase dirigente y los armadores. Los orígenes, pues, de la actividad ultramarina de los fenicios están en la capacidad de la clase propietaria para armar y fletar una nave, cuya mercancía es propiedad del naviero, beneficiario máximo de las relaciones de intercambio de largo alcance. Ese intercambio puede realizarse de distintas maneras, pero en principio, aquí se definen dos bien diferenciadas. Por una parte, las relaciones no sistematizadas que pueden realizarse sin una frecuencia preestablecida y que no requieren una forma de dominación sobre la comunidad a la que ofrecen su mercancía. Esa forma de relación que es esporádica, es decir, fortuita u ocasional, sin conexión aparente o necesaria con otros contactos precedentes o consiguientes; pero también puede ser episódica, es decir, incidental y que por tanto puede guardar relación con un movimiento general de intercambios, pero no necesariamente de un sistema organizado que recurre al dominio y la hegemonía en su interacción con los consumidores de sus mercancías. Estos intercambios pueden realizarse incluso existiendo enclaves permanentes cuya misión no es organizar administrativamente ni dominar a los indígenas. Es el Modo de Contacto Esporádico/ Episódico no Hegemónico (MCnH) que no puede identificarse con lo que se ha dado en llamar «precolonización», aunque comparte ciertos espacios con ella.

Por otra parte, y frente a este modo de contacto, existe una modalidad caracterizada por la dominación de la contraparte con el objetivo de intensificar el beneficio y organizar sistemáticamente la explotación. Ello requiere un cambio en las formas de producción y, en consecuencia, una intervención directa o indirecta sobre las poblaciones autóctonas. Característica de esta modalidad sería la aparición de asentamientos de tipo colonial, es decir, enclaves en los que se instalan fenicios capaces de facilitar las actividades de intercambio, ofreciendo servicios para la náutica o la marinería, y generando más o menos involuntariamente lazos de confianza —o de violencia— con el entorno nativo. Pero no cualquier establecimiento tiene como objetivo el predominio. Los enclaves destinados a satisfacer las servidumbres náuticas no son de carácter colonial a menos que formen parte de un tejido

organizado administrativamente desde centros de mayor potencial. Cuando cambia el objetivo y lo que buscan los fenicios es mantener una relación de superioridad y hegemonía sobre los indígenas, es preciso administrar eficazmente la explotación de los recursos y, por tanto, someter a su propio control e interés las relaciones de producción de las comunidades indígenas. Como ambos entornos socioculturales se ven globalmente afectados por los intercambios, son sus propios sistemas de producción los que se alteran y por ello parece adecuado llamarlo Modo de Contacto Sistémico Hegemónico (MCSH).

Esta es, en definitiva, la manera en la que percibo cómo los orígenes de la expansión fenicia están confinados por los modos de contacto y los medios de comunicación.

ABSTRACT

Colonization and precolonization are terms that refer more than to cultural and chronological realities, to mode of contact whose difference is not sequential, but intensity, frequency and patterns of intercultural relationships. Instead of this terminology, the author proposes two different kind of contacts: the Systemic Hegemonic Mode of Contact (SHMC) and the Non Hegemonic Mode of Contact (NHMC), more easily understood as sporadic or Episodic Mode of Contact (EMC). Both are defined in the paper, and, in opposition to previous criteria, their possible contemporaneity is shown. One example for the SHMC is what usually is understood as Phoenician colonization; an example for the EMC is the well studied «Silent Trade», here discussed once more, to support the «unequal exchange».

The new perspective introduced in this paper is to analyze the problem of the intercultural exchanges under the perspective of the nautical capabilities in order to establish that only the aristocracy was able to organize and thereafter benefice the ultramarine activities. In this sense, this paper claims against the idea of a new middle class emerged from the SHMC; instead of that, not only SHMC but also EMC are modalities of contact under the aristocratic control, that increases and polarizes social relations not only inside the trading society, but also inside indigenous communities. To conclude, the importance is pointed not to the chronological or epiphenomenological aspects, but very deeply in the modalities of interaction between cultures in different level of social evolution.